

The Project Gutenberg EBook of Ariel, by José Enrique Rodó

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: Ariel

Author: José Enrique Rodó

Release Date: October 5, 2007 [EBook #22899]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK ARIEL ***

Produced by Juliet Sutherland, Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

BREVIARIO DE LA JUVENTUD

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

ARIEL

1920

EDITORIAL CERVANTES

VALENCIA--Colón, 52

ES PROPIEDAD

----Talleres de Tipografía

LA GUTENBERG--Valencia

Apoderado general en Sud-América:

JOSÉ BLAYA

Formosa, 463--BUENOS AIRES

Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de _La Tempesta d_ shakespiriana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor.

Ya habían llegado ellos a la amplia sala de estudios, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala--como numen de su ambiente sereno--un bronce primoroso que figuraba

al ARIEL de _La Tempestad_. Junto a este bronce se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre de l mago a quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había , para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de arte real, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo. Despegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce da masquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por una serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado

firmeza escultural a su imagen, había acertado a conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz--voz _magistral_ que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena--comenzó a decir, frente a una atención afectuosa:

* * *

Junto a la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco a ARIEL como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos

de una inmortal
vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio--que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción--, no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día a día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán: «La juventud es el descubrimient

o de un horizonte
inmenso, que es la Vida». El descubrimiento que revela las tierras
ignoradas, necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y
ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un
tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que
presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro,
vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa
un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos
mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de
Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían
eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquire su belleza el
alma que se entreabre al soplo de la vida; dulce e inefable belleza,
compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de _Las
Contemplaciones_, de un «vestigio de sueño y un principio de
pensamiento».

La humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza
y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los
siglos, hacía pensar a Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada
cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado,
constantemente, el día de sus bodas.--Juguete de su ensueño, ella ceñía

cada mañana a su frente pálida la corona de desposa
da y suspendía de su
cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa dispo
nía-se luego a recibir
al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la
tarde, tras el vano
esperar, traían la decepción a su alma. Entonces to
maba un melancólico
tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparec
ía con la aurora
siguiente; y ya sin el recuerdo del desencanto pasa
do, murmurando: _Es
hoy cuando vendrá_, volvía a ceñirse la corona y el
velo y a sonreír en
espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha mue
rto, la humanidad
viste otra vez sus galas nupciales para esperar la
realidad del ideal
soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura
. Provocar esa
renovación, inalterable con un ritmo de la Naturale
za, es en todos los
tiempos la función y la obra de la juventud. De las
almas de cada
primavera humana está tejido aquel tocado de novia.
Cuando se trata de
sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que
brota alada del seno
de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo
mismo los que se
fundan en la razón que los que parten de la experie
ncia, han de
reconocerse inútiles para contrastar el altanero _n
o importa_ que surge
del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una apa
rente alteración del
ritmo triunfal, cruzan la historia humana generacio
nes destinadas a
personificar, desde la cuna, la vacilación y el des
aliento. Pero ellas

pasan--no sin haber tenido quizá su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente--y de nuevo se ilumina en el espíritu de la humanidad la esperanza en el Esposo anhelado; cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir.--Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. «Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios--dice uno de los himnos homéricos--, se imagina que ellos no han de envejecer jamás». Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, decía

al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: _No sois sino unos niños._ Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdeñosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven--el entusiasmo y la esperanza--corresponden en las armonías de la historia, y la naturaleza al movimiento y a la luz.--A donde quiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto:--La idea

cristiana, sobre la
que aún se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra
proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración
esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo
naciente es en la interpretación--que yo creo tanto más verdadera cuanto
más poética--de Renán, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud
del alma, o, lo que es lo mismo, de un vivo sueño de gracia, de candor,
se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del
Maestro al través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas, que se
desenvuelven ajenas a toda penitente gravedad; junto a un lago celeste;
en los valles abrumados de frutos; escuchadas por «las aves del cielo» y
«los lirios de los campos» con que se adornan las parábolas; propagando
la alegría del «reino de Dios» sobre una dulce sonrisa de la
Naturaleza.--De este cuadro dichoso están ausentes los ascetas que
acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús
habla de los que a él le siguen, los compara a los paraninfos de un
cortejo de bodas.--Y es la impresión de aquel divino contento la que,
incorporándose a la esencia de la nueva fe, se siente persistir al
través de la Odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu
de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su
ingenua alegría de vivir, y la que, al llegar a Roma con los ignorados
cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en

los corazones; porque
ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior--la de su
alma embalsamada por la libación del vino nuevo--a
la severidad de los
estoicos y a la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis
dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta
de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la
realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de
las ideas que él sea fecundo o se prodigue vanamente, o fraccionado y
disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de
las sociedades humanas como una fuerza bienhechora.
--Un escritor sagaz
rastrea ha poco en las páginas de la novela de nuestro siglo--esa
inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de
la vida en los últimos vertiginosos cien años--la psicología, los
estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las
generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto
pasar a Des Esseintes.--Su análisis comprobaba una progresiva
disminución de _juventud interior_ y de energía en la serie de
personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero
a menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y
termina con los enervados de voluntad y corazón, en quienes se reflejan
tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de

nuestro tiempo como
la del protagonista de _À rebours_ o la del Robert
Greslou de _Le
Disciple_.--Pero comprobaba el análisis también un
lisonjero
renacimiento de animación y de esperanza en la psic
ología de la juventud
de que suele hablarnos una literatura que es quizá
nuncio de
transformaciones más hondas; renacimiento que perso
nifican los héroes
nuevos de Lemaître; de Wizewa, de Rod, y cuya más c
umplida
representación lo sería tal vez el _David Grieve_ c
on que cierta
novelista inglesa contemporánea ha resumido en un s
olo carácter todas
las penas y todas las inquietudes ideales de varias
generaciones, para
solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad
y amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza? Vosotros, l
os que vais a pasar,
como el obrero en marcha a los talleres que le espe
ran, bajo el pórtico
del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre el arte q
ue os estudie
imágenes más luminosas y triunfales que las que han
quedado de nosotros?
Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes dab
an modelos para los
dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibl
es en una breve
primavera del mundo; si es fuerza «no pensar en los
dioses», como
aconseja la Forquias del segundo «Fausto» al coro d
e cautivas, ¿no nos
será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de
generaciones humanas
que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande
entusiasmo; en las

que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren a los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor a menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor, que la absoluta sinceridad del pensamiento--virtud todavía más grande que la esperanza--ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes e inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal _que vendrá_, con una nota de esperanza mesiánica.

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza como de altas y

fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros a trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas.--No es ese el noble significado de la juventud individual, ni ese tampoco el de la juventud de los pueblos.--Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase a nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo.--Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto

de la Esfinge y no esquivando su interrogación formidable.--No olvidéis,
además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus
alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la
acción; hay a menudo sugerencias fecundas. Cuando el dolor enerva,
cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo o
el consejero pérfido que mueve a la abdicación de la voluntad, la
filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes.
Puede entonces el poeta calificarle de «indolente soldado que milita
bajo las banderas de la muerte». Pero cuando lo que nace del seno del
dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar o recobrar el
bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución,
es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el
hastío, para Helvecio, llega a ser la mayor y más preciosa de todas las
prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse
nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el
vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismo que tienen la
significación de un _optimismo paradójico_. Muy lejos de suponer la
renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su
descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que a la
humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la

idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, a la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador.--Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora.--Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas que debieran ser. Gastón Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones, en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas

pueden tener un carácter general a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida.--Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud.--He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

* * *

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros.--Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción.--Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de

la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre todo, otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura, está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. «Hay una profesión universal, que es la de _hombre_», ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente _humana_, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores.--Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin

utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía.--El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la humanidad. Nuestra capacidad de comprender, sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz; de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia,

el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce a resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la Naturaleza por una creciente tendencia a la heterogeneidad, que, a medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno a una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad.--Augusto Comte ha señalado bien este p

eligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus «muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente inepto bajo todos los otros». El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable a la mísera suerte del obrero a quien la división del trabajo de taller obliga a consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano--agrega el pensador positivista--no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya a su apreciación una verdadera importancia[A].

[Nota A: A. Comte: Cours de philosophie positive. Tomo IV, pág. 430, 2.^a edición.]

No menos que a la solidez, daña esa influencia dispersiva a la estética de la estructura social.--La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de

diosa a la admiración
y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella
ciudad de prodigios
fundó su concepción de la vida en el concierto de t
odas las facultades
humanas, en la libre y acordada expansión de todas
las energías capaces
de contribuir a la gloria y al poder de los hombres
. Atenas supo
engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y de lo
real, la razón y el
instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo
. Cinceló las cuatro
fases del alma. Cada ateniense libre describe en de
rredor de sí, para
contener su acción, un círculo perfecto, en el que
ningún desordenado
impulso quebrantará la graciosa proporción de la lí
nea. Es atleta y
escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el
Pnux, polemista y
pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en t
oda suerte de acción
viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda
. Por eso afirma
Macaulay que un día de la vida pública del Ática es
más brillante
programa de enseñanza que los que hoy calculamos pa
ra nuestros modernos
centros de instrucción.--Y de aquel libre y único f
lorecimiento de la
plenitud de nuestra naturaleza, surgió el _milagro
griego_--, una
inimitable y encantadora mezcla de animación y de s
erenidad, una
primavera del espíritu humano, una sonrisa de la hi
storia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nu
estra civilización
privaría de toda seriedad al pensamiento de restaur
ar esa armonía, sólo

posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida--en ciertos _intereses del alma_, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bien estar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada región, para una inmensa parte de los otros.--Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o l

a costumbre reduce al
automatismo de una actividad, en definitiva, materi
al.--Y bien: este
género de servidumbre debe considerarse la más tris
te y oprobiosa de
todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os
defendáis, en la
milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro
espíritu por la
tiranía de un objetivo único e interesado. No entre
guéis nunca a la
utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros.
Aun dentro de la
esclavitud material, hay la posibilidad de salvar l
a libertad interior:
la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues,
de justificar, por la
absorción del trabajo o el combate, la esclavitud d
e vuestro espíritu.

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alm
a en un cuento que
evoco de un empolvado rincón de mi memoria.--Era un
rey patriarcal, en
el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hace
r nido la alegre
bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa
infancia de las
tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradi
ción le llamó
después, en la memoria de los hombres, el rey hospi
talarío. Inmensa era
la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, c
omo por su propio
peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo
mismo por blanco pan
el miserable que el alma desolada por el bálsamo de
la palabra que
acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa
sonora, el ritmo de
los otros. Su palacio era la casa del pueblo.--Todo
era libertad y

animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos formaban corro los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho donde dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol.--Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar--como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís--, la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las frías ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y

curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisíal, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidos o por cubiertos canales, oculta a la mirada vulgar--como la «perdida iglesia» de Uhland en lo esquivo del bosque--al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior, ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste.--Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa.--Alguna vez--cuando la noche era diáfana y

tranquila--, abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flota como una onda indispensible la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del cilenciario. En los techos, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo....--Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso y seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvía a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis.. . Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca con fiado, a todas las corrientes del mundo, existía en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando incesantemente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión.--Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del ocio, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno

insistir.--La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio de los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que

han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; ya a la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya a la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII.--Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido, pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de _vida interior_, donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribire: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el _ocio_ antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento.

* * *

Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse a lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu.--De todos los elementos superiores de la existencia racional es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la

invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega a ser, así, el carácter normal, con relación a lo que debiera ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente a los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad a la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro, es, todavía, una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como a un culto esotérico. Y, sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra--según la tesis desenvuelta en eloquentes páginas de Schiller--la virtualidad de una cultura más _extens

a_ y completa, en el
sentido de prestarse a un acordado estímulo de toda
s las facultades del
alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no res
pondiesen a una noble
espontaneidad del ser racional y no tuvieran con el
lo suficiente valor
para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo
superior de moralidad
el que autorizaría a proponer la cultura de los sen
timientos estéticos,
como un alto interés de todos. Si a nadie es dado r
enunciar a la
educación del sentimiento moral, este deber trae im
plícito el de
disponer el alma para la clara visión de la belleza
. Considerad al
educado sentido de lo bello el colaborador más efica
z en la formación de
un delicado instinto de justicia. La dignificación,
el ennoblecimiento
interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. N
unca la criatura
humana se adherirá de más segura manera al cumplimi
ento del deber que
cuando, además de sentirle como una imposición, le
sienta estéticamente
como una armonía. Nunca ella será más plenamente bu
ena que cuando sepa,
en las formas con que se manifieste activamente su
virtud, respetar en
los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensal
za todas las groseras
apariencias. Puede él, indudablemente, realizar su
obra sin darle el
prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor c
aritativo llegar a la
sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgar

es. Pero no es sólo
más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela tran
smitirse en las
formas de lo delicado y lo selecto; porque ella aña
de a sus dones un
beneficio más, una dulce e inefable caricia que no
se substituye con
nada y que realza el bien que se concede como un to
que de luz.

Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aq
uellos que exigirían
que el bien y la verdad se manifestasen invariablen
ente en formas
adustas y severas, me han parecido siempre amigos t
raidores del bien y
la verdad. La virtud es también un género de arte,
un arte divino; ella
sonríe maternalmente a las Gracias.--La enseñanza q
ue se proponga fijar
en los espíritus la idea del deber, como la de la m
ás seria realidad,
debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como
la más alta
poesía.--Guyau, que es rey en las comparaciones her
mosas, se vale de una
insubstituible para expresar este doble objeto de l
a cultura moral.
Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del c
oro de una gótica
iglesia, en los que la madera labrada bajo la inspi
ración de la fe,
presenta, en una faz, escenas de una vida de santo,
y en la otra faz,
ornamentales círculos de flores. Por tal manera, a
cada gesto del santo,
significativo de su piedad o su martirio; a cada ra
sgo de su fisonomía o
su actitud, corresponde, del opuesto lado, una coro
la o un pétalo. Para
acompañar la representación simbólica del bien, bro
tan, ya un lirio, ya

una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es por la evangélica hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como querría cierto liviano _dilettantismo_ moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados a ella el paso y la mirada del viajero. A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: «Dormía y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber», desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso.

En el alma del redentor, del misionero, del filántr
opo, debe exigirse
también _entendimiento de hermosura_; hay necesidad
de que colaboren
ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa
la parte que
corresponde al don de descubrir y revelar la íntima
belleza de las
ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones m
orales. Hablando de
la más alta de todas, ha podido decir Renán profund
amente que «la
poesía del precepto, que le hace amar, significa má
s que el precepto
mismo, tomado como verdad abstracta». La originalid
ad de la obra de
Jesús no está, efectivamente, en la acepción litera
l de su
doctrina--puesto que ella puede reconstituirse toda
entera sin salir de
la moral de la Sinagoga, buscándola desde el Deuter
onomio hasta el
Talmud--, sino en haber hecho sensible, con su préd
ica, la poesía del
precepto, es decir, su belleza íntima.

Pálida gloria será la de las épocas y las comunione
s que menosprecian
esa relación estética de su vida o de su propaganda
. El ascetismo
cristiano, que no supo encarar más que una sola faz
del ideal, excluyó
de su concepto de la perfección todo lo que hace a
la vida amable,
delicada y hermosa; y su espíritu estrecho sirvió p
ara que el instinto
indomable de la libertad, volviendo en una de esas
arrebatadas
reacciones del espíritu humano, engendrarse, en la I
talia del
Renacimiento, un tipo de civilización que consideró
vanidad el bien

moral y sólo creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa. El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que profesó la afectación de la fealdad, en las maneras, en el traje, en los discursos; en la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores--tendió junto a la virtud, al divorciarla del sentimiento de lo bello, una sombra de muerte que aún no ha conjurado enteramente Inglaterra, y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres--. Macaulay declara preferir la grosera «caja de plomo» en que los puritanos guardaron el tesoro de la libertad, al primoroso cofre esculpido en que la Corte de Carlos II hizo acopio de sus refinamientos. Pero como ni la libertad ni la virtud necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las severidades de ascetas o de puritanos, valdrán siempre, para la educación de la humanidad, la gracia del ideal antiguo, la moral armoniosa de Platón, el movimiento pulcro y elegante con que la mano de Atenas tomó, para llevarla a los labios, la copa de la vida.

La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera re

alización. Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, a Tesalónica y Filipos, y el Evangelio, aún puro, se difundía en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales, en las que el sello de la cultura helénica mantenía una encantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los dos ideales más altos de la historia iban a enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco. La armonía y la serenidad de la concepción pagana de la vida se apartaron cada vez más de la nueva idea que marchaba entonces a la conquista del mundo. Pero para concebir la manera cómo podría señalarse al perfeccionamiento moral de la humanidad un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad; imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos.

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una actitud artística, cuidar, con exquisitez superflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es «una rienda firme del criterio». Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve a la luz cuando la primera se obscurece y vacila. El

sentido delicado de la belleza es, para Bagehot, un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. «La educación del buen gusto--agrega el sabio pensador--se dirige a favorecer el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada». Si algunas veces veis unida esa educación en el espíritu de los individuos y las sociedades, al extravío del sentimiento o la moralidad, es porque en tales casos ha sido cultivada como fuerza aislada y exclusiva, imposibilitándose de ese modo el efecto de perfeccionamiento moral que ella puede ejercer dentro de un orden de cultura en el que ninguna facultad del espíritu sea desenvuelta prescindiendo de su relación con las otras.--En el alma que haya sido objeto de una estimulación armónica y perfecta, la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón. No de otra manera observa Taine que, en las grandes obras de la arquitectura antigua, la belleza es una manifestación sensible de la solidez, la elegancia se identifica con la apariencia de la fuerza: «las mismas líneas del Partenón que halagan a la mirada con proporciones armoniosas, contentan a la inteligencia con promesas de eternidad».

Hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula a las subversiones del sentimiento y de la voluntad

con las falsedades y
las violencias del mal gusto. Si nos fuera dado pen-
etrar en el
misterioso laboratorio de las almas y se reconstruy-
era la historia
íntima de las del pasado para encontrar la fórmula
de sus definitivos
caracteres morales, sería un interesante objeto de
estudio determinar
la parte que corresponde, entre los factores de la
refinada perversidad
de Nerón, al germen del histrionismo monstruoso dep-
ositado en el alma de
aquel cómico sangriento por la retórica afectada de
Séneca. Cuando se
evoca la oratoria de la Convención, y el hábito de
una abominable
perversión retórica se ve aparecer por todas partes
, como la piel felina
del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar,
como los radios que
parten de un mismo centro, como los accidentes de u-
na misma insania, el
extravío del gusto, el vértigo del sentido moral y
la limitación
fanática de la razón.

Indudablemente, ninguno más seguro entre los result-
ados de la estética
que el que nos enseña a distinguir en la esfera de
lo relativo, lo bueno
y lo verdadero de lo hermoso, y a aceptar la posibi-
lidad de una belleza
del mal y del error. Pero no se necesita desconocer
esta verdad,
definitivamente verdadera, para creer en el encad-
enamamiento simpático
de todos aquellos altos fines del alma, y considera-
r a cada uno de ellos
como el punto de partida, no único, pero sí más seg-
uro, de donde sea
posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta a estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra, la belleza de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensador hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libres el sello exterior de la hermosura.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican, además, con el «genio de la propaganda»--es decir, con el don poderoso de la universalidad. Bien sabido es que, en mucha parte, a la posesión de aquellos atributos escogidos, debe referirse la significación humana que el espíritu francés acierta a comunicar a cuanto elige y consagra--. Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, d

dependen de que las
Gracias las hayan bañado con su luz. Tal así, en la
s evoluciones de la
vida, esas encantadoras exterioridades de la Natura
leza, que parecen
representar, exclusivamente, la dádiva de una capri
chosa
superfluidad--la música, el pintado plumaje de las
aves; y como reclamo
para el insecto propagador del polen fecundo, el ma
tiz de las flores, su
perfume--han desempeñado, entre los elementos de la
concurrencia vital,
una función realísima; puesto que significando una
superioridad de
motivos, una razón de preferencia para las atraccio
nes del amor, han
hecho prevalecer, dentro de cada especie, a los ser
es mejor dotados de
hermosura sobre los menos ventajosamente dotados.

Para un espíritu en que exista el amor instintivo d
e lo bello, hay, sin
duda, cierto género de mortificación, en resignarse
a defenderle por
medio de una serie de argumentos que se funden en o
tra razón, en otro
principio, que el mismo irresponsable y desinteresa
do amor de la
belleza, en la que halla su satisfacción uno de los
impulsos
fundamentales de la existencia racional. Infortunad
amente, este motivo
superior pierde su imperio sobre un inmenso número
de hombres, a quienes
es necesario enseñar el respeto debido a ese amor d
el cual no
participan, revelándoles cuáles son las relaciones
que lo vinculan a
otros géneros de intereses humanos.--Para ello debe
rá lucharse muy a
menudo con el concepto vulgar de estas relaciones.

En efecto: todo lo
que tienda a suavizar los contornos del carácter so-
cial y las
costumbres; a aguzar el sentido de la belleza; a ha-
cer del gusto una
delicada impresionabilidad del espíritu y de la gra-
cia una forma
universal de la actividad, equivale, para el criteri-
o de muchos devotos
de lo severo o de lo útil, a menoscabar el temple v-
aronil y heroico de
las sociedades, por una parte, su capacidad utilita-
ria y positiva, por
la otra.--He leído en _Los trabajadores del mar_, q-
ue cuando un buque de
vapor surcó por primera vez las ondas del Canal de
la Mancha, los
campesinos de Jërsey lo anatematizaban en nombre de
una tradición
popular que consideraba elementos irreconciliables
y destinados
fatídicamente a la discordia, el agua y el fuego.--
El criterio común
abunda en la creencia de enemistades parecidas. Si
os proponéis
vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por h-
acer comprender la
posibilidad de un armónico concierto de todas las l-
egítimas actividades
humanas, y esa será más fácil tarea que la de conve-
rtir directamente el
amor de la hermosura, por ella misma, en atributo d-
e la multitud. Para
que la mayoría de los hombres no se sientan inclina-
dos a _expulsar a las
golondrinas de la casa_, siguiendo el consejo de Pi-
tágoras, es necesario
argumentarles, no con la gracia monástica del ave n-
i su leyenda de
virtud, sino con que la permanencia de sus nidos no
es en manera alguna
inconciliable con la seguridad de los tejados.

* * *

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, e incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone--como norma de la conducta humana--la concepción utilitaria, por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés.

La inculpación del utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la Naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florecencia de idealismos futuros. La transitoria predominancia de esa función de utilidad que ha absorbido a la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías, explica, sin embargo--ya que no las justifique--, muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que se traducen, bien por una melancólica y exaltada idealización de lo pasado, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay por ello un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento, en el propósito de cier

to grupo de
pensadores de las últimas generaciones--entre los c
uales sólo quiero
citar una vez más la noble figura de Guyau--que han
intentado sellar la
reconciliación definitiva de las conquistas del sig
lo con la renovación
de muchas viejas devociones humanas, y que han inve
rtido en esa obra
bendita tantos tesoros de amor como de genio.

Con frecuencia habréis oído atribuir a dos causas f
undamentales el
desborde del espíritu de utilidad que da su nota a
la fisonomía moral
del siglo presente, con menoscabo de la consideraci
ón estética y
desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ci
encia de la
Naturaleza--que, según intérpretes, ya adversos, ya
favorables a ella,
convergen a destruir toda idealidad por su base--so
n la una; la
universal difusión y el triunfo de las ideas democr
áticas, la otra. Yo
me propongo hablaros exclusivamente de esta última
causa, porque confío
en que vuestra primera iniciación en las revelacion
es de la ciencia ha
sido dirigida como para preservaros del peligro de
una interpretación
vulgar.--Sobre la democracia pesa la acusación de g
uiar a la humanidad,
mediocrizándola, a un Sacro Imperio del utilitarism
o. La acusación se
refleja con vibrante intensidad en las páginas--par
a mí siempre llenas
de un sugestivo encanto--del más amable entre los m
aestros del espíritu
moderno; en las seductoras páginas de Renán, a cuya
autoridad ya me
habéis oído varias veces referirme y de quien piens

o volver a hablaros
a menudo.--Leed a Renán, aquellos de vosotros que l
o ignoréis todavía, y
habréis de amarle como yo.--Nadie como él me parece
, entre los modernos,
dueño de ese arte de «enseñar con gracia», que Anat
ole France considera
divino. Nadie ha acertado como él a hermanar, con l
a ironía, la piedad.
Aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción
del sacerdote. Aun
cuando enseña a dudar, su suavidad exquisita tiende
una onda balsámica
sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, d
entro de nuestra
alma, con ecos tan inefables y tan vagos, que hacen
pensar en una
religiosa música de ideas. Por su infinita comprens
ibilidad ideal,
acostumbran las clasificaciones de la crítica a per
sonificar en él el
alegre escepticismo de los _dilettanti_ que convier
ten en traje de
máscara la capa del filósofo; pero si alguna vez in
timáis dentro de su
espíritu, veréis que la tolerancia vulgar de los es
cépticos se
distingue de su tolerancia como la hospitalidad gal
ante de un salón del
verdadero sentimiento de la caridad.

Piensa, pues, el maestro que una alta preocupación
por los _intereses
ideales_ de la especie es opuesta del todo al espír
itu de la democracia.
Piensa que la concepción de la vida, en una socieda
d donde ese espíritu
domine, se ajustará progresivamente a la exclusiva
persecución del
bienestar material como beneficio propagable al may
or número de
personas. Según él, siendo la democracia la entroni

zación de Calibán,
Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo.--Abundan afirmaciones semejantes a estas de Renán, en la palabra de muchos de los más caracterizados representantes que los intereses de la cultura estética y la selección del espíritu tienen en el pensamiento contemporáneo. Así, Bourget se inclina a creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder a la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre. «Quien dice democracia--agrega el sagaz autor de _Andrés Cornelis--, dice desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de la cultura».--Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos un interés vivísimo para los que amamos--al mismo tiempo--por convencimiento, la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis; y por instinto, la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad augusta a los caprichos de la multitud.--Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las c

uales asegurar,
dentro de un ambiente adecuado, la inviolabilidad d
e la alta cultura.
Abandonada a sí misma--sin la constante rectificaci
ón de una activa
autoridad moral que la depure y encauce sus tendenc
ias en el sentido de
la dignificación de la vida--la democracia extingui
rá gradualmente toda
idea de superioridad que no se traduzca en una mayo
r y más osada aptitud
para las luchas del interés, que son entonces la fo
rma más innoble de
las brutalidades de la fuerza--. La selección espir
itual, el
enaltecimiento de la vida por la presencia de estím
ulos desinteresados,
el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, e
l sentimiento de
admiración por todo perseverante propósito ideal y
de acatamiento a toda
noble supremacía, serán como debilidades indefensas
allí donde la
igualdad social, que ha destruído las jerarquías im
perativas e
infundadas, no las substituya con otras, que tengan
en la influencia
moral su único modo de dominio y su principio en un
a clasificación
racional.

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las
sociedades, como toda
homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio
inestable. Desde el
momento en que haya realizado la democracia su obra
de negación con el
allanamiento de las superioridades injustas, la igu
aldad conquistada no
puede significar para ella sino un punto de partida
. Resta la
afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su g

loria consistirán en
suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la re
velación y el dominio
de las _verdaderas_ superioridades humanas.

Con relación a las condiciones de la vida de Améric
a, adquiere esta
necesidad de precisar el verdadero concepto de nues
tro régimen social un
doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras
democracias por la
incesante agregación de una enorme multitud cosmopo
lita; por la
influencia inmigratoria, que se incorpora a un núcl
eo aún débil para
verificar un activo trabajo de asimilación y encauz
ar el torrente humano
con los medios que ofrecen la solidez secular de la
estructura social,
el orden político seguro y los elementos de una cul
tura que haya
arraigado íntimamente, nos expone en el porvenir a
los peligros de la
degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza
ciega del núcleo toda
noción de calidad; que desvanece en la conciencia d
e las sociedades todo
justo sentimiento del orden; y que, librando su ord
enación jerárquica a
la torpeza del acaso, conduce forzosamente a hacer
triunfar las más
injustificadas e innobles de las supremacías.

Es indudable que nuestro interés egoísta debería ll
evarnos--a falta de
virtud--a ser hospitalarios. Ha tiempo que la supre
ma necesidad de
colmar el vacío moral del desierto, hizo decir a un
publicista ilustre
que, en América, _gobernar es poblar_.--Pero esta f
órmula famosa
encierra una verdad contra cuya estrecha interpreta

ción es necesario
prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia
civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre.--Gobernar es
poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando,
después.--Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más
elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura,
requieren como condición indispensable la existencia de una población
cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa
de la población, dando lugar a la más completa división del trabajo,
posibilita la formación de fuertes elementos directivos que hagan
efectivo el dominio de la calidad sobre el número.--La multitud, la
masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento
de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente de una
alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja
de Emerson, que exige que cada país del globo sea juzgado según la
minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de un
pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad
o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de
sentir que dentro de ellas son posibles; y ya observaba Comte, para
mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de
sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser
substituída en ningún caso por el número, que ni de

la acumulación de
muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equi
valente de un cerebro
de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes m
ediocres el
equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo
.--Al instituir
nuestra democracia la universalidad y la igualdad d
e derechos,
sancionaría, pues, el predominio innoble del número
, si no cuidase de
mantener muy en alto la noción de las legítimas sup
erioridades humanas,
y de hacer, de la autoridad vinculada al voto popul
ar, no la expresión
del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según la
s palabras que
recuerdo de un joven publicista francés, «la consag
ración de la
jerarquía, emanando de la libertad».

La oposición entre el régimen de la democracia y la
alta vida del
espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen
significa el
desconocimiento de las desigualdades legítimas y la
substitución de la
fe en el _heroísmo_--en el sentido de Carlyle--por
una concepción
mecánica de gobierno.--Todo lo que en la civilizaci
ón es algo más que un
elemento de superioridad material y de prosperidad
económica, constituye
un relieve que no tarda en ser allanado cuando la a
utoridad moral
pertenece al espíritu de la medianía.--En ausencia
de la barbarie
irruptora que desata sus hordas sobre los faros lum
inosos de la
civilización, con heroica y a veces regeneradora gr
andeza, la alta
cultura de las sociedades debe precaverse contra la

obra mansa y
disolvente de esas otras hordas pacíficas, acaso acicaladas; las hordas inevitables de la vulgaridad--cuyo Atila podría personificarse en Mr. Homais; cuyo heroísmo es la astucia puesta al servicio de una repugnancia instintiva hacia lo grande; cuyo atributo es el rasero nivelador--. Siendo la indiferencia incommovible y la superioridad cuantitativa, las manifestaciones normales de su fuerza no son por eso incapaces de llegar a la ira épica y de ceder a los impulsos de la acometividad. Charles Morice las llama entonces «falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra _Mediocridad_ y marchan animadas por el odio de lo extraordinario».

Encumbrados, esos Prudhommes harán de su voluntad triunfante una partida de caza, organizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo. Su fórmula social será una democracia que conduzca a la consagración del pontífice «Cualquiera», a la coronación del monarca «Uno de tantos». Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus dominios toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada a la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo del sentido vulgar, sabiduría; gravedad, a la mezquina aridez del corazón; criterio sano, a la adaptación perfecta a lo mediocre; y despreocupación viril, al mal gusto.--Su concepción

de la justicia los
llevaría a substituir, en la historia, la inmortalidad del grande
hombre, bien con la identidad de todos en el olvido común, bien con la
memoria igualitaria de Mitrídates, de quien se cuenta que conservaba en
el recuerdo los nombres de todos sus soldados. Su manera de
republicanismo se satisfaría dando autoridad decisiva al procedimiento
probatorio de Fox, que acostumbraba experimentar sus proyectos en el
criterio del diputado que le parecía la más perfecta personificación del
country-gentleman, por la limitación de sus facultades y la rudeza de
sus gustos. Con ellos se estará en las fronteras de la _zoocracia_, de
que habló una vez Baudelaire. La Titania de Shakespeare, poniendo un
beso en la cabeza asinina, podría ser el emblema de la Libertad que
otorga su amor a los mediocres. ¡Jamás, por medio de una conquista más
fecunda, podrá llegarse a un resultado más fatal!

Embriagad al repetidor de las irreverencias de la medianía que veis
pasar por vuestro lado; tentadle a hacer de héroe; convertid su
apacibilidad burocrática en vocación de redentor, y tendréis entonces la
hostilidad rencorosa e implacable contra todo lo hermoso, contra todo lo
digno, contra todo lo delicado del espíritu humano, que repugna todavía
más que el bárbaro derramamiento de la sangre en la tiranía jacobina,
que ante su tribunal convierte en culpas la sabiduría de Lavoisier, el
genio de Chénier, la dignidad de Malesherbes, que,

entre los gritos
habituales en la Convención, hace oír las palabras:
--_¡Desconfiad de ese
hombre, que ha hecho un libro!_--y que refiriendo e
l ideal de la
sencillez democrática al primitivo _estado de natur
aleza_ de Rousseau,
podría elegir el símbolo de la discordia que establ
ece entre la
democracia y la cultura en la viñeta con que aquel
sofista genial hizo
acompañar la primera edición de su famosa diatriba
contra las artes y
las ciencias en nombre de la moralidad de las costu
mbres; un sátiro
imprudente que, pretendiendo abrazar, ávido de luz,
la antorcha que
lleva en su mano Prometeo, oye al titán-filántropo
que su fuego es
mortal a quien le toca.

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus viol
encias en el
desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni s
e ha opuesto en
formas brutales a la serenidad y la independencia d
e la cultura
intelectual. Pero, a la manera de una bestia feroz,
en cuya posteridad
domesticada hubiérase cambiado la acometividad en m
ansedumbre artera e
innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la
_tendencia a lo
utilitario y lo vulgar_, puede ser un objeto real d
e acusación contra la
democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante el
la ningún espíritu
delicado y sagaz a quien no hayan hecho pensar angu
stiosamente algunos
de sus resultados en el aspecto social y en el polí
tico. Expulsando con
indignada energía del espíritu humano aquella falsa

concepción de la
igualdad que sugirió los delirios de la Revolución,
el alto pensamiento
contemporáneo ha mantenido al mismo tiempo, sobre l
a realidad y sobre la
teoría de la democracia, una inspección severa que
os permite a
vosotros, los que colaboraréis en la obra del futur
o, fijar vuestro
punto de partida, no ciertamente para destruir, sin
o para educar el
espíritu del régimen que encontráis en pie.

Desde que nuestro siglo asumió personalidad e indep
endencia en la
evolución de las ideas, mientras el idealismo alemá
n rectificaba la
utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII
y sublimaba, si bien
con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado
en la historia a la
superioridad individual, el positivismo de Comte, d
esconociendo a la
igualdad democrática otro carácter que el de «un di
solvente transitorio
de las desigualdades antiguas» y negando con igual
convicción la
eficacia definitiva de la soberanía popular, buscab
a en los principios
de las clasificaciones naturales el fundamento de l
a clasificación
social que habría de substituir a las jerarquías re
cientemente
destruídas.--La crítica de la realidad democrática
toma formas severas
en la generación de Taine y de Renán. Sabéis que a
este delicado y
bondadoso ateniense sólo complacía la igualdad de a
quel régimen social,
siendo, como en Atenas, «una igualdad de semidioses
». En cuanto a Taine,
es quien ha escrito los _Orígenes de la Francia con

temporánea; y si,
por una parte, su concepción de la sociedad como un
organismo, le
conduce lógicamente a rechazar toda idea de uniform
idad que se oponga al
principio de las dependencias y las subordinaciones
orgánicas, por otra
parte su finísimo instinto de selección intelectual
le lleva a abominar
de la invasión de las cumbres por la multitud. La g
ran voz de Carlyle
había predicado ya, contra toda niveladora irrevere
ncia, la veneración
del _heroísmo_, entendiendo por tal el culto de cua
lquier noble
superioridad. Émerson refleja esa voz en el seno de
la más positivista
de las democracias. La ciencia nueva habla de selec
ción como de una
necesidad de todo progreso. Dentro del arte, que es
donde el sentido de
lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran
con honda resonancia
las notas que acusan el sentimiento, que podríamos
llamar _de
extrañeza_, del espíritu, en medio de las modernas
condiciones de la
vida. Para escucharlas, no es necesario aproximarse
al parnasianismo de
estirpe delicada y enferma, a quien un aristocrátic
o desdén de lo
presente llevó a la reclusión en lo pasado. Entre l
as inspiraciones
constantes de Flaubert--de quien se acostumbra a de
rivar directamente la
más democratizada de las escuelas literarias--, nin
guna más intensa que
el odio de la mediocridad envalentonada por la nive
lación y de la
tiranía irresponsable del número.--Dentro de esa co
ntemporánea
literatura del Norte, en la cual la preocupación po

r las altas
cuestiones sociales es tan viva, surge a menudo la
expresión de la misma
idea, del mismo sentimiento; Ibsen desarrolla la al
tiva arenga de su
«Stóckmann» alrededor de la afirmación de que «las
mayorías compactas
son el peligro más peligroso de la libertad y la ve
rdad»; y el
formidable Nietzsche opone al ideal de una humanida
d mediotizada la
apoteosis de las almas que se yerguen sobre el nive
l de la humanidad
como una viva marea.--El anhelo vivísimo por una re
ctificación del
espíritu social que asegure a la vida de la _heroic
idad_ y el
pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de j
usticia, vibra hoy
por todas partes, y se diría que constituye uno de
los fundamentales
acordes que este ocaso de siglo propone para las ar
monías que ha de
componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, ese
ncialmente, para
nuestra civilización, un principio de vida contra e
l cual sería inútil
rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imper
fecciones de su forma
histórica actual han llevado a menudo a la injust
icia con lo que aquel
régimen tiene de definitivo y de fecundo. Así, el a
ristocratismo sabio
de Renán formula la más explícita condenación del p
rincipio fundamental
de la democracia: la igualdad de derechos; cree a e
ste principio
irremisiblemente divorciado de todo posible dominio
de la superioridad
intelectual, y llega hasta a señalar en él, con una

enérgica imagen,
«_las antípodas de las vías de Dios_--puesto que Dios no ha querido que todos viviesen en el mismo grado la vida del espíritu»--. Estas paradojas injustas del maestro, complementadas por su famoso ideal de una oligarquía omnipotente de hombres sabios, son comparables a la reproducción exagerada y deformada, en el sueño, de un pensamiento real y fecundo que nos ha preocupado en la vigilia.--Desconocer la obra de la democracia en lo esencial, porque, aun no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad o al espíritu de poesía.--La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituíbles soportes sobre los que nuestra civilización descansa, o, expresándolo con una frase de Bourget, las dos «obras» de nuestros destinos futuros. «_En ellas somos, vivimos, nos movemos_». Siendo, pues, insensato pensar, como Renán, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la _destrucción_ de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la _educación_ de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se enca

renen, en los
sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea d
e las subordinaciones
necesarias, la noción de las superioridades verdade
ras, el culto
consciente y espontáneo de todo lo que multiplica,
a los ojos de la
razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relac
ión a tal obra, como
siempre que se la mira con el pensamiento del porv
enir, un interés
supremo[B]. Es en la escuela, por cuyas manos procu
ramos que pase la
dura arcilla de las muchedumbres, donde está la pri
mera y más generosa
manifestación de la equidad social, que consagra pa
ra todos la
accesibilidad del saber y de los medios más eficace
s de superioridad.
Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo
objetos de una
educación preferente y cuidadosa el sentido del ord
en, la idea y la
voluntad de la justicia, el sentimiento de las legít
imas autoridades
morales.

[Nota B: «Plus l'instruction se répand, plus elle d
oit faire de part
aux idées générales et généreuses. On croit que l'i
nstruction
populaire doit être terre à terre. C'est le contrai
re qui est la
vérité».--Fouillée: L'idée moderne du droit, Lib.
5.º, IV.]

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anula
rse en el espíritu de
pueblo que la que enseña que la igualdad democrátic
a puede significar

una igual posibilidad, pero nunca una igual realidad, de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar a las superioridades morales que deben dar razón y fundamento a las superioridades efectivas; pero sólo a los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras, debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad, reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en distintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad.--Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente providencial de la cultura. La favorecerá todo lo que favorezca al predominio de la energía inteligente. No en distinto sentido pudo afirmar Tocqueville que la poesía, la elocuencia,

las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, «todos esos dones del alma, repartidos por el cielo acaso», fueron colaboradores en la obra de la democracia, y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos a poner de relieve la natural, la no heredada grandeza, de que nuestro espíritu es capaz.--La emulación, que es el más poderoso estímulo entre cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas, necesita, a la vez, de la igualdad en el punto de partida para producirse, y de la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo y se limita a considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura.

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero las resuelve a favor de las calidades realmente superiores--las de la virtud, el carácter, el espíritu--, y sin

pretender inmovilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor. Reconociendo, de tal manera, en la selección y la predominancia de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de humillación y de dolor que es, en las concurrencias de la Naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. «La gran ley de la selección natural--ha dicho luminosamente Fouillée--continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad».--El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana, que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad.--Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual

proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El anti-igualitarismo de Nietzsche--que tan profundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna _literatura de ideas--, ha llevado a su poderosa reivindicación de los derechos que él considera implícitos en las superioridades humanas, un abominable, un reaccionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del _super hombre_ a quien endiosa un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles; legitima en los privilegiados de la voluntad y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución llega, en último término, a afirmar que «la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos».--No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz--es decir: siempre--, la Humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar.

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una _aristarquía_ de la moralidad y la

cultura.--Por una parte-- , como lo ha hecho notar, una vez más, en un simpático libro Henri Bérenger-- , las afirmaciones de la ciencia contribuyen a sancionar y fortalecer en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo; cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y obscuro en cualquier manifestación del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes esta nueva revelación, que atribuye, en la naturaleza, a la obra de los infinitamente pequeños, a la labor del nummulite y el briozóo en el fondo obscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos; que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario atribuir a los fenómenos más inaparentes y más vagos, aun a las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando a la sociología y a la historia, restituye al heroísmo, a menudo abnegado, de las muchedumbres, la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual, y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller, o el laboratorio de obreros olvidados, preparan los hallazgos del genio.

Pero a la vez que manifiesta así la inmortal eficacia del esfuerzo colectivo y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las cosas y los seres, es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por último, una necesidad inherente a la ley universal de imitación, si se la relaciona con el perfeccionamiento de las sociedades humanas, la presencia, en ellas, de modelos vivos e influyentes, que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose, en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud--únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres--, reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes

resultados de la observación del orden natural, se realizará dentro de una sociedad semejante--según lo observa, en el mismo libro de que os hablaba, Béranger--la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida.--Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugerencias del pasado en una fórmula inmortal. La democracia entonces habrá triunfado definitivamente. Y ella que, cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aún más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto.

* * *

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en

lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamar se en Europa el espíritu de _americanismo_.--Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que les son opuestas, sin que la asociación traiga con insistencia a la mente la imagen de esa democracia formidable y fecunda que allá en el Norte ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas.--Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria.--Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. «La tendencia imitativa de nuestra naturaleza

moral--decía Bagehot--tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad».--El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree.--Es así como la visión de una América _deslatinizada_ por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra _nordomanía_. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación.--Comprendo bien que se adquirieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil, es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional.

Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que

necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre.--Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos--su genio _personal_--para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación. Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la Naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta a un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y con ellos el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de _snobismo_ político podría llamarse al afanoso reme do de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que en algu nos de los _snobs_ encadenados para siempre a la tortura de la sátira por el libro de Thackeray, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la Naturaleza o la fortuna, en la imit ación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrado s de la sociedad.--El cuidado de la independencia _interior_--la de la pe rsonalidad, la del criterio--es una principalísima forma del respeto p ropio. Suele en los tratados de ética comentarse un precepto moral de C icerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetand o, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo.--Y aún me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las socied ades humanas. Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organizaci ón actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colecti vo, el contorno

seguro de la «personalidad». Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos--los americanos latinos--una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de atacar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad al pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y co-actuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta.--Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia, se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas.--América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y

otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la imitación unilateral--que diría Tarde--de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia a todo propósito de originalidad, para temprar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idolátrica.--Y llego ahora a la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo.--Siento fácil mi espíritu para cumplirla.--Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos--para emplear la paradoja usada por Baudelaire a otro respecto--con la experiencia inn

ata_ de la libertad,
ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen
, y han desenvuelto,
con la precisión y la seguridad de una progresión m
atemática, los
principios fundamentales de su organización, dando
a su historia una
consecuente unidad que, si bien ha excluído las adq
uisiciones de
aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza int
electual de la
lógica.--La huella de sus pasos no se borrará jamás
en los anales del
derecho humano, porque ellos han sido los primeros
en hacer surgir
nuestro moderno concepto de la libertad, de las ins
eguridades del ensayo
y de las imaginaciones de la utopía, para convertir
la en bronce
imperecedero y realidad viviente; porque han demost
rado con su ejemplo
la posibilidad de extender a un inmenso organismo n
acional la
inconmovible autoridad de una república; porque, co
n su organización
federativa, han revelado--según la feliz expresión
de Tocqueville--la
manera cómo se pueden conciliar con el brillo y el
poder de los Estados
grandes la felicidad y la paz de los pequeños.--Suy
os son algunos de los
rasgos más audaces con que ha de destacarse en la p
erspectiva del tiempo
la obra de este siglo. Suyas es la gloria de haber r
evelado
plenamente--acentuando la más firme nota de belleza
moral de nuestra
civilización--la grandeza y el poder del trabajo; e
sa fuerza bendita que
la antigüedad abandonaba a la abyección de la escla
vitud y que hoy
identificamos con la más alta expresión de la digni

dad humana, fundada
en la conciencia y en la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces,
teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto
en manos del
mechanic de sus talleres y el _farmer_ de sus campos la clava hercúlea
del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza,
ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a
conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos.
Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de
cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su
sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Róbinson, que
después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de
la ayuda propia, entrarán a componer los filamentos de una urdimbre
firmísima.--Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han
sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más
admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de
la suma de las fuerzas humanas, subordinada a los propósitos de la
investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más
maravillosos por lo mismo que se consiguen con la más absoluta
integridad de la autonomía personal.--Hay en ellos un instinto de
curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y
profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una
monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela

la el quicio más
seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más
cuidada entre las
cosas leves y preciosas.--Su cultura, que está lejos
de ser refinada ni
espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que
se dirige
prácticamente a realizar una finalidad inmediata.

No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia
a una sola ley
general, un solo principio; pero la han hecho maga
por las maravillas de
sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios
de la utilidad, y
han dado al mundo en la caldera de vapor y en la dí
namo eléctrica,
billones de esclavos invisibles que centuplican, pa
ra servir al Aladino
humano, el poder de la lámpara maravillosa.--El cre
cimiento de su
grandeza y de su fuerza, será objeto de perdurables
asombros para el
porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud
de improvisación, un
acicate para el tiempo; y al conjuro de su voluntad
poderosa, surge en
un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de
cultura acumulable
para la obra de los siglos.--La libertad puritana,
que les envía su luz
desde el pasado, unió a esta luz el calor de una pi
edad que aún dura.
Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos
han alzado también
los templos de donde evaporan sus plegarias muchos
millones de
conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el
naufragio de todas
las idealidades, la idealidad más alta, guardando vi
va la tradición de
un sentimiento religioso que, si no levanta sus vue

los en alas de un
espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las
asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido
moral.--Han sabido también guardar, en medio de los
refinamientos de la
vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el
culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan
en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y obligados por su
aspiración insaciable de dominio a cultivar la energía de todas las
actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del
hombre libre.--Y del concierto de su civilización, del acordado
movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de
confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir
bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del
Excelsior y el _Salmo de la vida_ con que sus poetas han señalado el
infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de
la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun a los más por
revenidos por las
enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de
su historia. Y por mi parte ya veis que, aunque no les amo, les admiro.
Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de _querer_,
y me inclino ante «la escuela de voluntad y de trabajo» que--como de sus
progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles--ella

os han instituido.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del «Fausto» podría empezar un futuro historiador de la poderosa república el Génesis, aún no concluido, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, _la fuerza en movimiento_. Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebató de una actividad viril. Su personaje representativo se llama _Yo quiero_, como el «superhombre» de Nietzsche.--Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza, aun a las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Mineápolis, ha dicho Paul Bourget que son a la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable a la de un _grogard_ del gran Emperador.--Y esta energía suprema, con la que el genio norteamericano parece obtener--hipnotizador audaz--el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y

divergentes de aquella civilización. Nadie negará que Edgar Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y, sin embargo, la nota fundamental--que Baudelaire ha señalado profundamente--en el carácter de los héroes de Poe, es todavía el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó a Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto a él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse.--¿Realiza aquella sociedad, o tiene de a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización?--¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra «ciudad perfecta»?--Esta febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de New York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser.--Spencer agregaba que era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o el recreo; e identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con las del _ocio_, tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese c

írculo vicioso que
Pascal señalaba en la anhelante persecución del bien
estar, cuando él no
tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan
grande como su
imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción
del destino humano.

Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que
representa y por
sus triunfos inauditos en todas las esferas del engranecimiento

material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto

una singular impresión de insuficiencia y de vacío.

Y es que, si con el
derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por

la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta

cuál es en ella el principio dirigente, cuál su substratum ideal, cuál

el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses

positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará,

como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del

triunfo material.--Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten,

ese pueblo no ha sabido substituir la idealidad inspiradora del pasado

con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la

realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad

al egoísmo del bienestar personal y colectivo.--De la suma de los

elementos de su riqueza y su poder, podría decirse lo que el autor de

Mensonges de la inteligencia del marqués de Norbert que figura en uno

de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha

hallado modo de dar
fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse l
a llama de un ideal
vivificante e inquieto sobre el copioso combustible
.--Ni siquiera el
egoísmo nacional, a falta de más altos impulsos; ni
siquiera el
exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que
transfiguran y
engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza d
e la vida de Roma,
pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura
en un pueblo donde
la confusión cosmopolita y el _atomismo_ de una mal
entendida
democracia, impiden la formación de una verdadera c
onciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la Metrópoli h
a sufrido, al
transmitirse a sus emancipados hijos de América, un
a destilación que le
priva de todos los elementos de idealidad que le te
mplaban,
reduciéndole, en realidad, a la crudeza que, en las
exageraciones de la
pasión o de la sátira, ha podido atribuirse al posi
tivismo de
Inglaterra.--El espíritu inglés, bajo la áspera cor
teza del
utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo
la severidad
puritana, esconde, a no dudarlo, una virtualidad po
ética escogida y un
profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en
sentir de Taine, que
el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella r
aza, modificada luego
por la presión de la conquista y por el hábito de l
a actividad
comercial, fué una extraordinaria exaltación del se
ntimiento. El

espíritu americano no ha recibido en herencia ese i
nstinto poético
ancestral, que brota, como surgente límpida, del se
no de la roca
británica, cuando es el Moisés de un arte delicado
quien la toca. El
pueblo inglés tiene, en la institución de su aristo
cracia--por
anacrónica e injusta que ella sea bajo el aspecto d
el derecho
político--, un alto e inexpugnable baluarte que opo
ner al mercantilismo
ambiente y a la prosa invasora; tan alto e inexpugn
able baluarte, que es
el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos
de las ciudades
griegas, no presentaba la historia ejemplo de una c
ondición de vida más
propia para formar y enaltecer el sentimiento de la
nobleza humana. En
el ambiente de la democracia de América, el espírit
u de vulgaridad no
halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza
de ascensión, y se
extiende y propaga como sobre la llaneza de una pam
pa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres--todo está c
aracterizado en el
enorme pueblo por una radical ineptitud de selecció
n, que mantiene,
junto al orden mecánico de su actividad material y
de su vida política,
un profundo desorden en todo lo que pertenece al do
minio de las
facultades ideales.--Fáciles son de seguir las mani
festaciones de esa
ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparen
tes, para llegar
después a otras más esenciales y más íntimas.--Pród
igo de sus
riquezas--porque en su codicia no entra, según acer

tadamente se ha
dicho, ninguna parte de Harpagón--, el norteamericano
no ha logrado
adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la
vanidad de la
magnificencia suntuaria, pero no ha logrado adquirir
la nota escogida
del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir,
en tal
ambiente, a título de rebelión individual. Émerson,
Poe, son allí como
los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero
medio por el rigor
de una catástrofe geológica.--Habla Bourget, en *Outre mer*,
del acento
concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra
en los labios de
los norteamericanos que ha halagado el favor de la
fortuna; de esos
recios y acrisolados héroes del *self-help* que aspiran
a coronar, con
la asimilación de todos los refinamientos humanos,
la obra de su
encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado
concebir esa divina
actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo
motivo de
satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo
de su vanidad. La
ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de
escogido; la
ignoran, a despecho de la munificencia con que la fortuna
individual
suele emplearse en estimular la formación de un delicado
sentido de
belleza; a despecho de la esplendidez de los museos
y las exposiciones
con que se ufanan sus ciudades; a despecho de las montañas
de mármol y
de bronce que han esculpido para las estatuas de sus
plazas públicas. Y
si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna v

ez un gusto de arte,
él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el _sensacionismo_ que excluye la noble serenidad incompatible con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria.--Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia, ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura.--En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de es

a gigantesca
democracia, la superior sabiduría y el genio. He ahí por qué la historia
de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de
originalidad. Mientras en el período de la independencia y la
organización surgen, para representar lo mismo el pensamiento que la
voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde
Tocqueville puede observar, respecto a ellos, que _los dioses se van_.
Cuando escribió Tocqueville su obra maestra, aún irradiaba, sin embargo,
desde Boston, la _ciudadela puritana_, la ciudad de las doctas
tradiciones, una gloriosa pléyade que tiene en la historia intelectual
de este siglo la magnitud de la universalidad.--¿Quiénes han recogido
después la herencia de Channing, de Emerson, de Poe?--La nivelación
mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende a desvanecer el poco
carácter que quedaba a aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus
libros han tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente
posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto
norteamericano, en punto a letras, está en los lienzos grises de un
diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales
de _El Federalista_.

Con relación a los sentimientos morales, el impulso mecánico del
utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición
religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedi

do la dirección de la conducta a un verdadero principio de desinterés. La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que ev acuaria su puesto el día que fuera posible dar a la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill.--La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin.--Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia, de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad ni el heroísmo, y que sólo apta para prestar a la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón del manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes.--Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probado y medido de Franklin, el término forzoso--que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville--de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios, pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre, y en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral--Allí donde

el precepto tiende a
poner las altas manifestaciones de la abnegación y
la virtud fuera del
dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroce
der indefinidamente
el límite de la obligación.--Pero la escuela de la
prosperidad material,
que será siempre ruda prueba para la austeridad de
las repúblicas, ha
llevado más lejos la llaneza de la concepción de la
conducta racional
que hoy gana los espíritus. Al código de Franklin h
an sucedido otros de
más francas tendencias, como expresión de la sabidu
ría nacional. Y no
hace aún cinco años el voto público consagraba en t
odas las ciudades
norteamericanas, con las más equívocas manifestacio
nes de la popularidad
y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde l
a puritana Boston,
anunciaba solemnemente el autor de cierto docto lib
ro que se intitulaba
Pushing to the front[C], que el éxito debía ser c
onsiderado la
finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo ec
o aún en el seno de
las comuniones cristianas, y se citó una vez, a pro
pósito del libro
afortunado, la _Imitación_, de Kémpis, como término
de comparación.

[Nota C: Por M. Orisson Swett Marden. Boston, 1895.
]

La vida pública no se sustrae, por cierto, a las co
nsecuencias del
crecimiento del mismo germen de desorganización que
lleva aquella
sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observa
dor de sus costumbres
políticas os hablará de cómo la obsesión del interés

s utilitario tiende
progresivamente a enervar y empequeñecer en los cor
azones el sentimiento
del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de lo
s Hámilton, es una
hoja de acero que se oxida, cada día más olvidada,
entre las telarañas
de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde
el voto público, se
propaga a todos los resortes institucionales. El go
bierno de la
mediocridad vuelve vana la emulación que realza los
caracteres y las
inteligencias y que los entona con la perspectiva d
e la efectividad de
su dominio. La democracia, a la que no han sabido d
ar el regulador de
una alta y educadora noción de las superioridades h
umanas, tendió
siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del
número que menoscaba
los mejores beneficios morales de la libertad y anu
la en la opinión el
respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una form
idable fuerza se
levanta a contrastar de la peor manera posible el a
bsolutismo del
número. La influencia política de una plutocracia r
epresentada por los
todopoderosos aliados de los _trust_, monopolizador
es de la producción y
dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de l
os rasgos más
merecedores de interés en la actual fisonomía del g
ran pueblo. La
formación de esta plutocracia ha hecho que se recue
rde, con muy probable
oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecid
a y soberbia que, en
los últimos tiempos de la república romana, es uno
de los antecedentes
visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía

de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material--nómen de aquella civilización--impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al struggle-for-life osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional--en el postulante a su representación personiana--en el personaje reinante de Taine.

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde, físicamente, ese otro impulso, que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección a la inmensa zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississippi. En efecto; es en ese improvisado Oeste, que crece formidable frente a los viejos Estados del Atlántico y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos del espíritu que ha guiado a la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve a la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gra

n pueblo. Al virginiano y al _yankee_ ha sucedido, como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas Praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que «los últimos serían un día los primeros». El utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda, alcanzarán con él su último triunfo.--Todo elemento noble de aquella civilización; todo lo que la vincula a generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica--el legado de los tripulantes del _Flor de Mayo_, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación--, quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, «el palládium de la tradición washingtoniana». Chicago se alza a reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por

propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio romano.--Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, a la dirección de las ideas, y se consideran a sí mismos los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi-irónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo a cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados a obscurecer en breve plazo su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose una vez más en las evoluciones de la civilización humana la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender a convencerles de que, aunque la contribución que han llevado a los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra humana, ella es insuficiente para hacer transmutarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del arya europeo desde que,

hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aún continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula _Wáshington más Édison_. Ellos aspirarían a revisar el Génesis para ocupar esa primera página.--Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía.--Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de _amabilidad_--en alto sentido--, de ese extraordinario poder de simpatía con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio.--Aquella civilización puede abundar, o abunda indudablemente, en sugerencias y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto, pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la libertad de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Ática, el toque luminoso que la lanza

de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno.

Y advertid que cuando, en nombre de los derechos de l espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a los que podríamos llamar _los intereses del alma_.--Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino d el espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renán, cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. «Elevarse sobre la necesidad--agrega el maestro--, es redimirse».--En lo remoto del pasado, los efectos d e la prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros tienen un incalculable alcance idealizador, puesto que contribuyen eficazmente a multiplicar los instrumentos de la inteligencia, a pulir y suavizar las costumbres y a hacer posibles, quizá, los preceptos de una moral más avanzada.--La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización.

El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas «pagó--según Saint-Víctor--los gastos del renacimiento». Las naves que volvían de los países de _Las mil y una noches_, colmadas de especias y marfil, hicieron posible que Lorenzo de Médicis renovara, en las lonjas de los mercaderes florentinos, los convites platónicos.--La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (a condición de no proponérselo directamente) los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no existirían acaso para la humanidad, si en las edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos--seguramente, mal comprendidos de sus contemporáneos--a quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo.--Esta ley de armonía nos enseña a respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable actitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las

adquisiciones del espíritu--el alfabeto, que da alas de inmortalidad a la palabra--nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es, pues, según la adecuada comparación de Fouillé, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas, que así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener de las ventajas materiales elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbra.--- Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse a que, en un porvenir más inaccesible a la inferencia, esté reservado a aquella civilización un destino superior. Por más que bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación a lo futuro.--Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha

permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, a despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos a los que hasta hoy han dado el tono a su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles, y en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no digerida por el organismo social, podría quizá tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica, que establecido en los Estados del centro y del Far-West conserva intacta en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que en muchas de sus condiciones características más profundas y energéticas debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano.--Por otra parte, una civilización que esté destinada a vivir y a dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy _voluntad_ y _utilidad_ solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad.

Esperemos, que de la enorme fragua surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aún pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en _el sueño del cóndor_ que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando en olímpico sosiego la ascensión poderosa más arriba de la cumbre de la cordillera.

* * *

Ante la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente.--Sin este resultado duradero, _humano_, levantado sobre la finalidad transitoria de lo _útil_, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la humanidad; porque, como las

visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida .

Gran civilización, gran pueblo--en la acepción que tiene valor para la historia--, son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero--según dijo Carlyle del alma de sus «héroes»--: _como una nueva y divina porción de la suma de las cosas_. Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve a descender al Orco sombrío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad, pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza de divina, y tienen la virtud de elevar a quien las posee por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia del hormiguero o la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más alt

as manifestaciones
del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que «el
alma que acude a
beber fuerzas y energías en la íntima comunicación
con el linaje humano,
esa alma que constituye al grande hombre, no puede
formarse y dilatarse
en medio de los pequeños partidos de una ciudad peq
ueña». --Pero así la
grandeza cuantitativa de la población como la grand
eza material de sus
instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, so
n sólo _medios_ del
genio civilizador, y en ningún caso resultados en l
os que él pueda
detenerse. --De las piedras que compusieron a Cartag
o, no dura una
partícula transfigurada en espíritu y en luz. La in
mensidad de Babilonia
y de Nínive no representa en la memoria de la human
idad el hueco de una
mano si se la compara con el espacio que va desde l
a Acrópolis al
Pireo. --Hay una perspectiva ideal en la que la ciud
ad no aparece grande
sólo porque prometa ocupar el área inmensa que habí
a edificada en torno
a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque
sea capaz de
levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos sob
re los que era
posible hacer pasar seis carros de frente; ni apare
ce hermosa sólo
porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de
sus palacios losas de
alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semí
ramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los
arrabales de su
espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mar
es, y cuando,

pronunciando su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte de tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia, inquietada por el pensamiento, y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces, sólo la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización.--Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina.--Leyendo el Maud de Ténnyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad.--Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, a pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida a los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la

calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita a toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu, y los cascos de los caballos que pasan parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más adentro, mucho más adentro de la tierra. El ruido ininteligible del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fué un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, puedan determinar en

Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en _ser_--en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento--, para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo se a seguro.

El pensamiento se conquistará palmo a palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida.--Él, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje del obrero interior.--Él, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga

ninguna fuerza ajena a él mismo.--Pero tal persuasión, que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar a los mediocres y los pequeños de la lucha, debe preservaros también de las impaciencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu--arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas--, debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir--un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían--ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la

gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto
que
despierta?...--Pensad en ella a lo menos; el honor
de vuestra historia
futura depende de que tengáis constantemente ante l
os ojos del alma la
visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo
alto sobre las
realidades del presente, como en la nave gótica el
vasto rosetón que
arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos.
--No seréis sus
fundadores, quizá; seréis los precursores que inmed
iatamente la
precedan. En las sanciones glorificadoras del futur
o hay también palmas
para el recuerdo de los precursores. Edgard Quinet,
que tan
profundamente ha penetrado en las armonías de la hi
storia y la
Naturaleza, observa que para preparar el advenimien
to de un nuevo tipo
humano, de una nueva unidad social, de una personif
icación nueva de la
civilización, suele precederles de lejos un grupo d
isperso y prematuro,
cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades
al de las _especies
proféticas_ de que a propósito de la evolución biol
ógica habla Héer. El
tipo nuevo empieza por significar, apenas, diferenc
ias individuales y
aisladas; los individualismos se organizan más tard
e en «variedad», y
por último, la variedad encuentra para propagarse u
n medio que la
favorece, y entonces ella asciende quizá al rango e
specífico:
entonces--digámoslo con las palabras de Quinet--_el
grupo se hace
muchedumbre, y reina_.

He ahí por qué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *_carpe diem_* horaciano; una filosofía que no se adhiera a lo presente, sino como al peldaño donde a firmar el pie o como a la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiraréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor, en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer a los oficiantes solemnes de su gloria.--«No es la posesión de los bienes--ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento--; no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da a los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza».

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que baste el tiempo concedido a la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiente en que las tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y a una cumbre que de veras domine.--Pero donde

no cabe la transformación total, cabe el progreso;
y aun cuando
supierais que las primicias del suelo penosamente t
rabajado, no habrían
de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si s
ois generosos, si
sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de
vuestra conciencia.
La obra mejor es la que se realiza sin las impacien
cias del éxito
inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pon
e la esperanza más
allá del horizonte visible; y la abnegación más pur
a es la que se niega
en lo presente, no ya la compensación del lauro y e
l honor ruidoso, sino
aun la voluptuosidad moral que se solaza en la cont
emplación de la obra
consumada y el término seguro.

Hubo en la antigüedad altares para los «dioses igno
rados». Consagrad una
parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A me
dida que las
sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir ent
ra por mayor parte
como uno de los factores de su evolución y una de l
as inspiraciones de
sus obras. Desde la imprevisión obscura del salvaje
, que sólo divisa del
futuro lo que falta para el terminar de cada períod
o de sol y no concibe
cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en
parte desde el
presente, hasta nuestra preocupación solícita y pre
visora de la
posteridad, media un espacio inmenso, que acaso par
ezca breve y
miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso
en cuanto lo somos
de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez má
s distantes de

nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si, por desdicha, la Humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es, en la vida de las sociedades humanas, el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, a veces sin saberlo, por imponer una

idea a la realidad, imita, según el mismo pensador,
la obra instintiva
del pájaro que, al construir el nido bajo el imperi
o de una imagen
interna que le obsede, obedece a la vez a un recuer
do inconsciente del
pasado y a un presentimiento misterioso del porveni
r.

Eliminando la sugestión del interés egoísta de las
almas, el pensamiento
inspirado en la preocupación por destinos ulteriores
a nuestra vida,
todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es
un alto honor de
nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa p
reocupación por lo
futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de
la dignidad del ser
racional, se hayan manifestado tan claramente en él
, que aun en el seno
del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la am
arga filosofía que ha
traído a la civilización occidental, dentro del lot
o de Oriente, el amor
de la disolución y la nada, la voz de Hártmann ha p
redicado, con la
apariencia de la lógica, el austero deber de contin
uar la obra del
perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del por
venir, para que,
acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombr
es, llegue ella con
más rápido impulso a su término final, que será el
término de todo dolor
y toda vida.

Pero no; como Hártmann, en nombre de la muerte, sin
o en el de la vida
misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuest
ra alma para la obra
del futuro.--Para pedíroslo, he querido inspirarme

en la imagen dulce y
serena de mi Ariel.--El bondadoso genio en quien Sh
akespeare acertó a
infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuen
te en las
adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifi
esta claramente en la
estatua su significación ideal, admirablemente trad
ucida por el arte en
líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimie
nto superior. Ariel
es este sublime instinto de perfectibilidad, por cu
ya virtud se
magnifica y convierte en centro de las cosas, la ar
cilla humana a la que
vive vinculada su luz, la _miserable arcilla_ de qu
e los genios de
Arimanes hablaban a Manfredo. Ariel es, para la Nat
uraleza, el excelso
coronamiento de su obra, que hace terminarse el pro
ceso de ascensión de
las formas organizadas, con la llamarada del espíri
tu Ariel triunfante,
significa idealidad y orden en la vida, noble inspi
ración en el
pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en art
e, heroísmo en la
acción, delicadeza en las costumbres.--Él es el hér
oe epónimo en la
epopeya de la especie; él es el inmortal protagonis
ta; desde que con su
presencia inspiró los débiles esfuerzos de racional
idad del hombre
prehistórico, cuando por primera vez dobló la frent
e obscura para labrar
el pedernal o dibujar una grosera imagen en los hue
sos de reno; desde
que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el ar
ya primitivo,
progenitor de los pueblos civilizadores, amigo de l
a luz, encendía en el
misterio de las selvas del Ganges para forjar con s

u fuego divino el
cetro de la majestad humana, hasta que, dentro ya d
e las razas
superiores, se cierne deslumbrante sobre las almas
que han extralimitado
las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre
los héroes del
pensamiento y del ensueño que sobre los de la acció
n y el sacrificio; lo
mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium, que
sobre San Francisco
de Asís en la soledad de Monte Albernía.--Su fuerza
incontrastable tiene
por impulso todo el movimiento ascendente de la vid
a. Vencido una y mil
veces por la indomable rebelión de Calibán, proscri
pto por la barbarie
vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, ma
nchadas las alas
transparentes al rozar el «eterno estercolero de Jo
b», Ariel resurge
inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermo
sura, y acude ágil,
como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos
le aman e invocan en
la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces,
aun a los que le
niegan y le desconocen. Él dirige a menudo las fuer
zas ciegas del mal y
la barbarie para que concurren, como las otras, a l
a obra del bien. Él
cruzaré la historia humana, entonando, como en el d
rama de Shakespeare,
su canción melodiosa, para animar a los que trabaja
n y a los que luchan,
hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que o
bedece le
permita--cual se liberta, en el drama, del servicio
de Próspero--romper
sus lazos materiales y volver para siempre al centr
o de su lumbre
divina.

Aun más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu.--Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra _Esperanza_, medio borrada sobre la palidez decrepita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, a ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión! ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas generosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano!... Pueda la imagen de este bronce--troquelados vuestros corazones con ella--desempeñar en vuestra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo

le veo en el
porvenir, sonriéndolos con gratitud, desde lo alto,
al sumergirse en la
sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra volunta
d, en vuestro
esfuerzo; y más aún, en los de aquellos a quienes d
aréis la vida y
transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme co
n el sueño del día en
que las cosas reales harán pensar que la Cordillera
que se yergue sobre
el suelo de América ha sido tallada para ser el ped
estal definitivo de
esta estatua, para ser el ara inmutable de su vener
ación.

* * *

Así habló Próspero.--Los jóvenes discípulos se sepa
raron del maestro
después de haber estrechado su mano con afecto fili
al. De su suave
palabra, iba con ellos la persistente vibración en
que se prolonga el
lamento del cristal herido en un ambiente sereno. E
ra la última hora de
la tarde. Un rayo del moribundo sol atravesaba la e
stancia, en medio de
discreta penumbra, y tocando la frente de bronce de
la estatua, parecía
animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inqui
eta de la vida.
Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una la
rga mirada que el
genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el gr
upo juvenil que se
alejaba.--Por mucho espacio marchó el grupo en sile
ncio. Al amparo de un
recogimiento unánime se verificaba en el espíritu d
e todos ese fino
destilar de la meditación, absorta en cosas graves,
que un alma santa ha

comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero.--Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban a dar a su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fué entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, a quien llamaban «Enjolrás» por su ensimismamiento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

--Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como

tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las
estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

End of the Project Gutenberg EBook of Ariel, by José Enrique Rodó

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK ARIEL ***

***** This file should be named 22899-8.txt or 22899-8.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/2/8/9/22899/>

Produced by Juliet Sutherland, Chuck Greif and the Online

Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to

protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing

Project Gutenberg-tm
electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any

other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the

work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any

word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments

must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms

s than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, i

ncluding legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'A

S-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the

state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed

works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation

methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations.

To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to

subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.